

APUNTES

— 15 —

24 de Julio de 1934

El Espionaje Técnico en Europa

Por E. Demaitre

No existe ninguna institución en el mundo que haga correr tanta tinta, y tantos absurdos también, como esta de la «Intelligence Service». Desde principios del siglo está de moda invocar a la I. S. en todo acontecimiento político cuyos móviles y aspectos generales permanecen en la obscuridad. Ciertos hechos históricos incontrastables vienen a apoyar tal moda, y así se ha formado un capítulo al margen de la historia, que podría llevar por título «el Mito del Servicio de Inteligencia».

Sin embargo, los agentes de la I. S. no son ni apacibles burgueses que duermen con gorro de algodón, ni polizontes de guante de caucho y revólver con silenciador. Al frente de la institución se hallan personajes famosos de la política, de la banca, de la policía, de las universidades; altos y bajos empleados del comercio, todos los valores, en fin, que creen prestar un servicio nacional a Inglaterra y que se sirven de una absoluta potencia de reflexión y de sinceridad para obtener lo que desean: ninguno de ellos usa afeites, barbas postizas ni disfraz; trabajan, no obstante, en todos los sitios importantes: desde los «bars» y cabarets de moda hasta los templos,



las asambleas, salas de conferencias y aun hogares de alguna representación. Los miembros de la I. S. están agrupados en tres categorías: soldados, marinos y civiles. Los dos primeros reciben emolumentos de indemnización, y los oficiales ingleses se muestran orgullosos o deseosos de entrar en la I. S. Por otra parte, cada categoría comprende «titulares» y «agentes ocasionales». Puede, pues, asegurarse sin exageración que no existe una sola ciudad de mediana importancia en el mundo donde no haya agentes de la I. S. La actividad de los agentes exteriores está centralizada por jefes especiales, y éstos, a su vez, por un alto y supremo jefe desconocido que lleva el misterioso nombre de «Unknown Quantity», es decir, «la Cantidad desconocida». Pero, a pesar de esto, se sabe que dos grandes figuras inglesas han estado al frente de esta poderosa y sutil organización. Esta formidable organización cuenta con 6,000 funcionarios y 4,000 censores, según el dato de uno de los periodistas más enterados de la I. S.: M. Xavier de Hautelocque. La I. S. nació, realmente, desde 1855, como dependencia del Ministerio de Guerra; pero no fue sino hasta medio siglo más tarde cuando tomó la forma de espionaje naval internacional.

Hé aquí una idea de los trabajos de la I. S. Por ejemplo, un joven diputado acostumbra pasearse con cierta «demoiselle» en el Bosque de Boloña. Cámaras misteriosas sacan fotografías de sus visitas, de sus entrevistas. Un criado de confianza lee sus papeles; su chofer rinde informes. Su libro de cheques, su estadística, sus costumbres privadas, forman un «file» en un archivo misterioso que anota todos sus pasos. Si el joven diputado llega a ministro, un día sabe que ciertos datos comprometedores están en

manos de «la oposición», y el funcionario queda a su merced. No debe creerse, sin embargo, que esta organización esté hecha especialmente para oprimir voluntades ni que sea un monstruo de tentáculos tenebrosos; el caso que vamos a relatar dará una idea de sus beneficios. Pero antes digamos que en la India también funciona el «Colonial Intelligence Department» y el «Indian I. D.» El caso de dos maharajás de la India, uno de los cuales produjo sonado escándalo en Europa hace unos años, revelará lo que significa la I. S. Este notable indio, opuesto a la política del virrey, estaba a punto de producir una escisión política en la India, y varios agentes entraron a su servicio descubriendo que, en la intimidad, el maharajá practicaba ciertos ritos religiosos durante los cuales sacrificaba algunas vírgenes, con pretexto expiatorio. La C. I. D. desenmascaró al joven maharajá y su crédito se vino al suelo. Otro caso es el de sir Harry Sing, de igual título nobiliario, que se instaló en Inglaterra, haciéndose amigo de una bella actriz, con quien mantuvo románticas relaciones durante todo el tiempo de su permanencia. Se veía a la singular y atrayente pareja en los sitios y paseos aristocráticos; pero nadie sabía que la I. S. espiaba genialmente los pasos de los enamorados. Llegó el día en que el príncipe oriental debía regresar, con sus perlas y fasto, a la vieja India. La artista le previno del antecedente europeo en materia de separaciones: o la indemnización, como correspondía a un maharajá, o el escándalo. El príncipe, muy fina y sinceramente ofreció, por la transacción, diez mil libras esterlinas; pero la bella artista, mofándose de él, se puso en el fantástico precio de cien mil. Sir Harry Sing, hondamente apesadumbrado por el incidente, se decidió a pagar la

enorme suma, embarcándose con el sentimiento de aquella sensible pérdida. Un extraño suceso sobrevino entonces: a la puerta de su «department» transatlántico se presentó un hombre, un gentleman impecable, quien con la cortesía inglesa solicitó hablar al príncipe. Llevado a presencia de éste, el caballero se inclinó presentándole una carta cerrada, y luego se retiró sin decir palabra. Intrigado sir Harry Sing, abrió el sobre. Dentro había sólo un cheque de cien mil libras y estas palabras en un pequeño billete: «A Su Majestad Sir Harry Sing, en testimonio de profundo respeto. Indian Intelligence Department»... La bella actriz fue sorprendida ante la caja del Banco, en los momentos en que cobraba el cheque... Tal es la I. S.

El artículo 1333 del Código Civil

Por Alfonso Jiménez Rojas

Es manifiesto absurdo tener por prorrogado un convenio sin el consentimiento de uno de los contratantes; y si para eso no se toma en cuenta sino el interés del que según el contrato es el acreedor de la obligación contraída, el hecho constituye además una verdadera iniquidad.

Tal cosa resulta del artículo 1333 del Código Civil, el cual dice así:

«La simple prórroga concedida por el acreedor principal no libra al fiador, el cual puede demandar al deudor para obligarle a que pague o a que lo exonere de la fianza.»

La fianza es esencialmente el resultado del convenio celebrado de modo directo por el *fiador* con

el *acreedor*, en que aquél se sujeta respecto al segundo a cumplir determinada obligación si el *deudor* no la satisface por sí mismo. (Artículo 1301 del mismo código.)

Y con arreglo al artículo 1304 del propio cuerpo de leyes, la fianza no se presume, debe ser expresa, y no puede extenderse a más de lo contenido en ella.

Por consiguiente, de que el *acreedor* se entienda, como a escondidas, con el *deudor*, para diferir el cumplimiento de la obligación por parte de éste, es la liberación del *fiador* lo que naturalmente debe originarse, no lo que contra todo principio establece el preinserto artículo 1333.

Cual si se tratara de tapar la enorme injusticia que envuelve la primera de las disposiciones del artículo 1333, o sea la que faculta al *acreedor* para conceder prórroga al *deudor* principal sin que por eso quede libre de la fianza el *fiador*, se dice en la segunda de las mismas disposiciones, que éste «puede demandar al *deudor* para obligarle a que pague o a que lo exonere de la fianza». Es decir que por todo remedio, puede el *fiador* enzarzarse en un pleito, que debe seguirse por los trámites del juicio ordinario, si no se conforma con lamentarse de la situación autorizada por tan mala ley.

En efecto: de conformidad con las leyes procesales del país, «toda contienda judicial que no tenga señalada una tramitación especial, se decidirá en juicio ordinario». (Artículo 186 del Código de Procedimientos Civiles vigente.)

La tramitación de un juicio de esa clase es la más extensa y dilatada, tanto, que en el acto de entablar una demanda en vía ordinaria, nadie es capaz de saber lo que durará el juicio.

Y lo peor es que, como si las reclamaciones de

justicia no fueran, como son, el ejercicio de un derecho consagrado en el artículo 47 de la Constitución Política, sino una majadería o, cuando menos, algo que es preciso estorbar por todos los medios posibles, y aun explotar, se han creado gabelas y dificultades contra tales reclamaciones.

Los impuestos de papel sellado y de timbre pesan inconsideradamente no sólo sobre los actos de contratación y los de aseguramiento de derechos civiles, sino también sobre los actos en general de quienes se ven en la necesidad de acudir ante las autoridades a pedir justicia.

El provecho del Fisco devorador ha acabado por prevalecer implacablemente sobre el alto interés social de hacer justicia, de dar a cada uno lo que es suyo, puesto que la falta de satisfacción anticipada del gravoso impuesto de papel sellado, en la tramitación judicial, ocasiona la pérdida de derechos. Se llega hasta dar por firme una sentencia de que se ha recurrido para ante el tribunal superior, por no haberse presentado dentro de un breve plazo improrrogable el número de hojitas de papel sellado que se le pidiera al recurrente. (Artículos 872, 886 y 927 del Código de Procedimientos Civiles.)

En otro trabajo que acerca del expresado artículo 1333 publiqué en la revista *Reproducción*, número del 14 de abril de 1926, referí el cargo que a un respetable extranjero oyera hacer a nuestro Código Civil, de marcada preferencia al *acreedor* en varias de las disposiciones del código.

Ese cargo no puede ser más fundado por lo que toca al artículo 1333.

La verdad es que no solamente en el Código Civil sino también en la legislación en general de Costa Rica, excepción hecha de ciertas leyes recien-

tes, hijas de circunstancias transitorias, domina el interés del acreedor, quizás por ser ordinariamente el de los bancos. Es tan poderoso dicho interés que a nadie se le ha ocurrido ni dentro del régimen constitucional, ni en épocas de dictadura, proponer la derogación del artículo 1333, que ha ocasionado muchos daños desde el año de 1888 y seguirá ocasionándolos mientras haya quien desinteresadamente acepte la responsabilidad de fiador.

El escritor, cuando llega a viejo, convierte con frecuencia su actividad en oficio y ya no se ocupa mucho de lo que piensan de él.

Es lo que me pasa a mí. A veces me dicen:

—Hay un periódico que se mete con usted.

—Bueno; ¿qué importa?

—¿No lo va usted a leer?

—Nó. ¿Para qué?

Con este régimen y con no asistir a cafés y a reuniones literarias puede uno trabajar con la misma tranquilidad serena que un obrero.

Esta tranquilidad apacible se perturba a veces donde menos se piensa; en una conversación de un café o de un hotel de una capital de provincia a donde se llega con propósitos de descanso o de turismo. Dos o tres jóvenes aficionados a la literatura se acercan al escritor que va de Madrid; con curiosidad y con sus preguntas van como removiendo el légamo que lleva todo el mundo en su alma, y el literato como todo el mundo, aunque quizá en éste ese cieno sea más flúido y más capaz de enturbiar rápidamente las ondas del espíritu.

De "La Tribuna"

I

El reportero es un personaje de extraña fortuna. Tiene que huir de unos y ser huído de otros. Es antipático para todos. Cuando entrega al Director del periódico un relato hecho con felicidad, sabe de antemano que nadie lo aplaudirá a él. En cambio, y este es el caso corriente y natural, si el relato peca por algún lado, llueven sobre el reportero, regaños, amenazas y rectificaciones.

El Juan Lanás que esto escribe se tiene bien sabidas estas cosas y sin embargo no cambia de oficio. No es que le produzca mucho dinero. ¡Qué va! Es que nació con alma de reportero. Cuando vuelve a su casa, eternamente a deshora, vuelve con la satisfacción del cazador que ha cazado algo: gorriones donde sólo hay gorriones. Juan Lanás, querido lector, es un cazador de actualidades, que goza tanto más cuanto mayor es la dificultad para encontrarlas.

* * *

San José es una ciudad pequeña. El itinerario de mis vueltas cotidianas es casi invariable. Lo que cambia de una hora a otra es mi extraña fortuna. Así, por ejemplo, todos los días paso frente a la oficina comercial de don Elías Jiménez, pero casi nunca logro hablar con él. Exceptuados los vecinos del barrio de la Dolorosa, los demás habitantes de la República se han formado una idea muy falsa de la existencia de don Elías. Creen que es un hombre callado, escondido, inaccesible. Pues he de contarles todo lo contrario. Habla con soltura y trabaja y vive

a la vista de todos. Lo que él llama su *oficina* no es más que un *carrefour* o encrucijada de su animada farmacia. Yo no sé a qué hora del año está solo y de veras desocupado. Desde la calle puede verse si lee o escribe; esto último es extraordinario, pues parece preferir los trabajos manuales. Si se le ve sentado al escritorio y si además no está puesta una verja que cierra el paso, es la hora llegada para una charla fácil.

Así pude esta mañana acercarme a mi víctima, como decía el doctor Lafosse.

Don Elías leía *L'Illustration*. Sobre la mesa había varios diarios del exterior.—¿Se ha enterado usted del proyecto...?, comencé a decir, pero él me cortó la pregunta maliciosamente diciéndome:

—¡Ah! El proyecto lo acabo de ver en *Le Matin*. Por cierto que cuenta con el apoyo unánime de la Comisión de Reforma del Estado. Se ha convenido en que se reduzca el número de diputados, en la proporción de 1 por cada 100.000 habitantes. De modo que nuestro Congreso quedaría integrado por una media docena de representantes.

—No estamos en Francia, don Elías. Yo me refería...

—Al intento de hacerle sufrir a Costa Rica el régimen de los seguros sociales. Ese régimen es el fracaso más estruendoso del socialismo. Salvo los León Blum y los Stavisky, todo el mundo está reventando en donde ese régimen está establecido. ¡Hay que ver los abusos y las injusticias que se cometen!

—Tan poco pensaba yo en seguros sociales...

—¿Entonces en qué venía usted pensando? La próxima vez nos hablaremos por radio.

—Si yo fuera Roosevelt, lo haría con mucho gusto, don Elías. Dicen que se pinta para hablar por radio.

—Pues yo prefiero a Gastón Doumergue. Roosevelt le habla a su país, lleno de confianza en sí mismo y en sus consejeros, pero sin firmeza. Doumergue le habla a Francia con perfecta bonhomía, con cierta amargura, con cierto temor, pero con la firmeza de quien mira hacia el porvenir, por encima del presente.

—Doy por ahogado el reportaje que traía en mi cabeza. Usted es periodista y sabe defenderse.

—Sí, hombre, no hay que darle demasiada importancia a la actualidad de la aldea. Cuando usted entró leía yo en *L'illustration* de 28 de abril una conversación entre uno de sus redactores y el insigne presidente de Tchecoeslovaquia, que le lleva unos diez años de edad a nuestro don Ricardo. Coja usted el lápiz. Voy a dictarle para *La Tribuna* una pequeñísima parte del diálogo:

Se habla con un gran conocimiento del mundo pasado y presente. Se habla de la democracia, «que no es, en el fondo, sino una reunión de pequeñas monarquías», dice Masaryk.

—Mussolini ha predicho, señor Presidente, que dentro de 10 años la Europa entera será fascista. Hasta ahora, gana puntos!

—¿Qué puntos? Hay en Europa 35 Estados. La inmensa mayoría está compuesta de repúblicas y de monarquías constitucionales. Algunas dictaduras, ciertamente, se han creado después de la guerra, pero algunas monarquías han sido en cambio derribadas: ejemplo, España. Además, ¿cuánto de duración tienen esas dictaduras? ¿quince, diez años? ¿Qué es esto en la Historia? La misma República francesa es una chiquilla! Diga usted, sesenta años de existencia solamente, y sin embargo ¿no ha conducido bien la

más grande de las guerras que el mundo ha conocido? Otras democracias, Inglaterra, Holanda, Suiza, Noruega, son de mucho mayor edad ¿Y piensan acaso en ceder el lugar?

—Sin embargo, señor Presidente, en donde las dictaduras han prendido, la juventud ama el lado heroico de los místicos dictatoriales!

—Es otro mérito de las democracias el predicar a la juventud *vivir y trabajar por su país* antes que morir por él. Me gusta la discreción de las democracias. Ningún hombre de cierto peso va en ellas a exponer a cada instante y en las más mínimas reuniones las más íntimas convicciones, y sí que las posee!

Yo he dicho a nuestros estudiantes: el mejor modo que haya de trabajar por vuestro país, es el de prepararos conscienzudamente para vuestra futura profesión. Es inútil que os rompáis la cabeza preguntándoos qué acto heroico podríais realizar por vuestra patria. Que el que estudia medicina llegue a ser un buen médico; que el que ha escogido la instrucción pública, llegue a ser un buen institutor, y así los demás, y la patria será servida.

Traduciendo se me ha abierto el apetito de continuar. Sigue otra parte del mismo diálogo:

—Hay que saber, dice Masaryk, que el hitlerismo no es solamente una política, sino el comienzo de una nueva concepción de la vida. La transformación filosófica de un pueblo puede ejercer sobre la vida de los otros la más grande influencia.

Los nuevos principios, ¿se estrellarán ante los de la Revolución francesa, que siguen siendo, quiérase o nó, la carta de nuestra civilización? La democracia que la Revolución ha creado no es solamente un

código nuevo para regular la administración política de un país; ella ha instituido la creencia en el hombre y en su destino. Antes de ella, el hombre no creía más que en Dios. Porque creo también en el perfeccionamiento humano, es por lo que encuentro la calma necesaria para hacer mi tarea, sin exceso de optimismo ni de pesimismo.

—¿Por qué, señor Presidente, los tchecoslovacos, que son eslavos, se inclinan más bien a la Revolución francesa que a la Revolución rusa?

El Presidente, que va a señalar algunas de las cosas que le parecen excelentes de la revolución rusa, sonríe y responde:

—Siento una gran simpatía hacia los rusos, y aun hacia los bolcheviques; pero permita que le refiera una anécdota:

En una opereta vienesa, un soldado pide a la emperatriz que le dé un diploma de institutor, para poder ganarse la vida más tranquilamente. «¿Sabes al menos leer y escribir?, pregunta la emperatriz.—¡Ah, no!, Majestad, responde el soldado. Si lo supiera, podría yo llegar a ser institutor sin vuestra alta protección.—Désele sin embargo el diploma, dijo la emperatriz; enseñando a los otros acabará por aprender él mismo.»

Estoy convencido de que a fuerza de hacer experimentos, los rusos acabarán por hacer ellos también una sociedad aceptable; pero prefiero evitarle a mi pueblo esos experimentos.

(8 de junio de 1934.)

II

Ayer en la mañana detuve mi carro junto al Parque Central en el momento preciso en que don Elías Jiménez se despedía de una chiquitilla de brazos, ojos color de cielo.

—Deseaba saludarlo...

—A usted es mejor saludarlo de lejos, respondió don Elías, alargándome sin embargo la mano a través de la portezuela. Y continuó: ¿Sabe? me gustaron las palabras del señor Presidente referidas en *La Tribuna* del domingo. Estuve a punto de dirigirle un telegrama a modo de corroboración secreta.

—Que voy a hacer pública, repuse a media voz.

Sea que no me oyera o que se hiciera el desentendido, don Elías prosiguió:

—Fuí partidario de don Ricardo en la primera de sus campañas políticas y en la tercera. En la segunda estuve del lado de don Alberto Echandi.—Pues bien, en esta ocasión estuve en desacuerdo con mi madre, que no era echandista. Entre mi madre y yo existían, con la más pura reciprocidad, los afectos más intensos y aun peculiares sentimientos de admiración. ¿Acaso sufrieron algo con el desacuerdo político del momento? ¿Acaso sufrían algo con nuestro perenne desacuerdo religioso aparente? Los afectos no sufrían. El desacuerdo entre personas que se quieren sirve para atemperar los arranques pasionales de los partidos en que nos dividimos los hombres.

—A propósito de partidos, dije yo, ¿qué opina del alboroto que han producido en la Cámara los comunistas?

—Lo que opino, he de callarlo. Sobre todo el escritor de ideas ha de recordar la regla de oro: *Sólo la verdad, pero no toda la verdad...*

III

El que madruga come pechuga, me decía siempre una tía para sacarme de la cama. Y mi hermano mayor, que ya iba por el 4.º año del Liceo, me soplabá: díle que no por mucho madrugar amanece más temprano. Ayer, no madrugué ciertamente, pero pasé por el establecimiento de don Elías Jiménez a las seis de la mañana. Sólo las puertas laterales estaban abiertas... Por una de ellas ví que mi personaje estaba nada menos que barriendo cuidadosamente de un lado, mientras un muchacho lo hacía del otro. Yo que detesto instintivamente tales menesteres, me colé sorprendido, hacia don Elías y le dije:

—¿Qué es eso, Maestro?

—Ésto es una escoba y esotro un plumero, los dos instrumentos de que me valgo primeramente cada día desde hace unos veintiocho años. ¿Puede usted imaginarse la repercusión que un ejercicio incesantemente repetido llega a ejercer sobre una mentalidad? Una costumbre es una segunda naturaleza... y ya mi primera naturaleza tenía mucho de iconoclasta. Lástima que antes de llegar a la Dirección del Liceo de Costa Rica no hubiera estado yo sometido a la excelente disciplina de la escoba y del plumero.

—Lástima que no haya llegado usted a la dictadura de la República.

—¿Lástima? ¡Fortuna, hombre! Yo no tengo empaque para un alto cargo, ni habría tenido fuerzas para barrer y sacudir tan recio como convenía... Pero, bromas aparte, he de declarar que este ejercicio me sienta perfectamente. Gracias a él hago la digestión de lo leído en la noche anterior.

—¿Por ejemplo?

—Un artículo del profesor H. Bordier y otro de Emilio Schreiber.

—Magnífico si me los da digeridos.

—Con placer.

H. Bordier trata de los peligros de los baños de sol. Yo soy un enamorado del sol, pero sin olvidar lo que dice Zárraga.

—¿Cuál Zárraga?

—El autor ingeniosísimo de la película *La Cruz y la Espada*. Voy a citarlo de memoria: El secreto de la vida está en la naturaleza, y el régimen del éxito es muy fácil, muy cómodo y muy barato. Aire libre y puro, sol, alimentos naturales, ejercicios estudiados científicamente, y ¡nada de medicina! La única recetable, *el amor*. Pero, por supuesto, con cuenta gotas...

Y bien, así, con cuenta gotas, hay que amar el sol. Hace 25 años que me pronuncié en este sentido, en virtud de unas observaciones hechas ocasionalmente en vacas y caballos.

El artículo del profesor Bordier (*La Nature*, 1.º de mayo) me ha interesado particularmente en cuanto da la explicación de una de las causas de anemia en los países demasiado asoleados.

Como lo decía Quevedo, hace tres siglos, somos una candela que se quema. Los más importantes fenómenos que ocurren en nuestro organismo son fenómenos de oxidación debidos al oxígeno que la hemoglobina de la sangre toma en los pulmones y lleva a todos los tejidos. 100 gramos de hemoglobina pura absorben 140 centímetros cúbicos de oxígeno. Disminuir la cantidad de hemoglobina o estorbar en algún modo su juego químico, es disminuir la vitalidad. Y este es uno de los daños que causan los rayos del sol cuando los pigmentos de la piel no alcanzan a detenerlos. Según los experimentos de Bordier y de otros fisiólogos, los rayos ultravioleta

pueden transformar la hemoglobina en methemoglobina, sustancia fisiológicamente inerte.

En resumen, frente al sol hay que recordar uno de los principios mejor establecidos en higiene: *El ejercicio promueve el desarrollo y el ejercicio de un órgano debe ser proporcionado a su desarrollo*. Paralelamente decirse: el sol es el estimulante de la pigmentación y no hay que exponerse al sol sino en la medida de la pigmentación de que se disfruta.

Más interesante todavía es el artículo de Schreiber en *L'illustration* de 19 de mayo. Se refiere a la gran fábrica de calzado de los hermanos Bat'a en Zlín, Tchecoeslovaquia. Esta fábrica cuenta con 22.000 obreros y produce 160.000 pares de zapatos al día.

Se le ensancha a uno el corazón al saber cuán bien instalados están los talleres, de cuántas comodidades gozan los obreros durante las horas de trabajo y durante todo el resto del día y cuán acertados son los principios que han servido para realizar tan admirable organización. Estos principios son la antítesis de cuanto proclaman los estatistas, díganse o no soviéticos.

El sistema de los hermanos Bat'a está basado en la libertad económica, que ellos expresan en términos de una exactitud sorprendente. Ante todo, dicen ellos, la libertad en la competencia, interior o exterior, fuera de la cual no puede cumplirse la ley de la selección natural. Por querer sustraerse a esta ley el régimen comunista, mediante la burocracia y la estatización, está matando el esfuerzo individual. Por querer sustraerse a esta ley el régimen capitalista proteccionista está acabando con los cambios y relaciones, sin los cuales no hay perfeccionamiento ni bienestar posibles. Cada vez que se quiere proteger artificialmente una producción, se acaba por matarla. La protección desmoraliza y rebaja la industria.

A más de eso los hermanos Bat'a han sabido comprender y hacer efectivo el principio económico de que los beneficios de una empresa deben repartirse según justicia entre la empresa, los obreros y los consumidores. Al consumidor se le beneficia rebajando los precios conforme aumentan las ganancias.

(21 de junio de 1934).

IV

Comentarios de don Elías Jiménez, para "La Tribuna" (17 de julio de 1934)

Leyendo "Le Matin"

¿Saben Uds. que hay en Europa un país que desde hace seis años cierra sus cuentas sin déficit?

Ese país se llama Portugal y su salvador financiero se llama Oliveira Salazar, especie de santo laico. Su maestría la debe a los simples preceptos del buen juicio. Cuando llegó al poder, en 1928, su país estaba al borde de la bancarrota.

* * *

La práctica es una prueba terriblemente desengañadora que echa a tierra muchas concepciones y hace hundirse muchos planes.

Ninguna forma de Estado, ninguna forma de gobierno, desde que el mundo existe, se ha mostrado perfecta. La única certidumbre adquirida es que ciertas formas son peores que las otras. Tal, la forma socialista, porque siempre que ha sido ensayada y cualquiera que haya sido la latitud, ha conducido a un gran fracaso y ha dejado tras de ella ruinas y miserias.

* * *

En julio de 1931 el presidente Hoover impuso a Europa, digamos así, una moratoria general de todos los pagos internacionales y especificó claramente—según lo reclamaba la lógica—que dicha moratoria se aplicaba conjuntamente al pago de las deudas y al pago de las reparaciones.

Hoy, ¡justo cielo!, el presidente Roosevelt se empeña en sostener que «la deuda de las naciones aliadas para con el gobierno americano no tiene relación de ningún género (*no relation whatsoever*) con el pago de las reparaciones.»

En virtud de la moratoria de Hoover, la mecánica de los pagos internacionales, parada por un año, no pudo nunca después volver a funcionar. Pero Roosevelt quiere que funcione en cuanto convenga únicamente a los Estados Unidos.

* * *

«Yo no sé cómo se ha hecho el censo de las víctimas en Rusia: las cifras desbordan los mezquinos poderes de nuestra comprensión, son fabulosas y, para decirlo todo, de dimensiones astronómicas.» Estas palabras son de Georges Duhamel, sabio francés que es sin embargo un observador indulgente del régimen soviético.

Leyendo el "Journal de Genève"

Los periódicos de Francia y de América hablaban el año pasado de una juiciosa conversión de los Soviets. Los discursos de febrero en el décimo sétimo congreso del partido comunista ruso bastan para deshacer la ilusión. Seguimos siempre frente a la misma moral comunista que excluye de la humanidad

al no-comunista. Manouilsky ha sido particularmente expresivo al dolerse de que los comunistas de Europa y de América no hayan adquirido todavía los «conocimientos prácticos» necesarios en el arte de la conspiración desleal. Se burla él (véase *Pravda* del 5 de febrero) de los camaradas que vacilan o sienten repugnancia para colarse en el seno de las organizaciones católicas o social-democráticas a fin de sembrar en ellas la confusión y el desorden. No hay perjurio ni traición ni crueldad ni crimen que no sea recomendable si es para ayudar al establecimiento del paraíso comunista.

* * *

En Suiza, en la sesión del 15 de marzo del Consejo Nacional, Hoppeler (evangelista, de Zurich) habló con vehemencia contra la ausencia de moral en los negocios internacionales y contra la teoría de la moneda que no tiene olor. Fue incesantemente interrumpido por risas y gritos. Graber (socialista, de Neuchatel) le negó a Hoppeler el derecho de dar lecciones de moral a sus colegas. «Nuestro país no es más moral que otro—dijo, aludiendo quizá a Rusia.—No hay ni un sólo país con que pudiéramos tratar si la garantía *moral* fuera indispensable.»

* * *

Marc Chadourne escribió en 1932 un libro con gran éxito: *l'U. R. S. S. sans Passion*. Hizo un esfuerzo extremo por mantener la neutralidad y describir sin pasión la Rusia actual. Pero no lo logró. El buen juicio francés y el escepticismo irónico asoman a cada final de capítulo. La verdad es que no se ha escrito y no se podrá escribir ni un renglón imparcial acerca de Rusia. O admira úno el Soviet o lo detesta. Esto está en la naturaleza de las cosas.

* * *

Malcolm Muggeridge acaba de publicar sus impresiones de ocho meses en Rusia: *Winter in Moscou*. Salió de Londres partidario de los Soviets y ha regresado enemigo decidido de ellos. Ha visto con sus ojos la dictadura del proletariado y su obra de destrucción. En su frenesí de creación quiere ella abolir el pasado y lo persigue en los hombres y en las cosas. Porque los hombres vienen del pasado, el pasado vive en ellos, y para destruirlo hay que destruirlos. El bolchevismo es el aniquilamiento de la vida. «*El pasado y los hombres, dice Muggeridge, subsistirán o desaparecerán juntos.*»

El autor de esta gacetilla exclama con absoluto optimismo: ¡subsistirán juntos!

* * *

De las guerras posibles en este momento, la más amenazadora es la guerra entre Rusia y el Japón. Los principales proyectos soviéticos de Moscou se estrellan contra Tokio.

* * *

El Cáucaso, el Turkestán y la Ucrania son las tres más infortunadas víctimas de los Soviets. En otro cuaderno he hablado del Cáucaso. Aquí, una palabra respecto a Ucrania. A orillas del Mar Negro, es ella el granero y la mina de Rusia. Cuenta 40 millones de habitantes. Son éstos eslavos, pero se acercan más a los europeos que a los rusos. Enamorados de la libertad, individualistas, son irreductiblemente refractarios al comunismo. Moscou quiere destruir—por *todos* los medios—a la grande Ucrania, y en ello está. Mientras tanto, Europa, inconsciente, se prepara a recibir a los Soviets en la Sociedad de las Naciones.

* * *

No hay error que no haya sido cometido por la Sociedad de las Naciones. El error máximo será la admisión de los Soviets sangrientos. La Sociedad de las Naciones se organizó para establecer la paz y la justicia en todos los pueblos.

Pero no hay mal que bien no tenga. Los socialistas, mil veces execrables, les tienden la mesa a los comunistas. Entre unos y otros no hay más que una diferencia de grado. Sin embargo, fenómeno natural, el comunista no odia a nadie tanto como al socialista. Los comunistas se van a comer a los León Blum, mil veces nefastos. ¡Ojalá fuera ya!

* * *

¿Se tragará Roosevelt el anzuelo ruso?

El sistema soviético es muy simple. Se hace brillar mañosamente la posibilidad de un arreglo de las antiguas deudas rusas y se solicita a la vez mercaderías fiadas. No se ratifica nada en cuanto a las deudas viejas y no se pagan tampoco las nuevas. Este sistema no es original. Es uno de los sistemas de que se valen todos los maia-paga, desde el tiempo de Adán.

Y esto de las relaciones ruso-americanas tiene también su lado bueno. La crónica elegante de Nueva York señala diariamente las hazañas mundanas de los delegados soviéticos en los Estados Unidos. Figurines prendidos con cuatro alfileres, usan magníficas alhajas, frecuentan los restaurantes y sitios de mayor lujo, ruedan en carruajes suntuosos, dan espléndidas recepciones... «Según parece, los neoyorkinos están revisando sus teorías sobre el comunismo, el cual va a ser clasificado entre los artículos de lujo.»

* * *

La Insulindia nos es poco conocida en América. La forman las Indias holandesas (o neerlandesas) y representan un gran papel en la economía del mundo, por su posición estratégica entre dos grandes océanos y dos continentes (Asia y Australia), por la importancia de su población (60 millones), por la fertilidad del suelo y por el liberalismo de los métodos coloniales que Holanda ha sabido elegir. Esto explica por qué los Soviets han clavado sus ojos sobre Insulindia. Desean hacer de ella el eje de sus esfuerzos para debilitar al Occidente, privándolo de colonias y de mercados valiosísimos.

No habiendo podido encender un movimiento comunista franco en Insulindia, han adoptado los Soviets la máscara del nacionalismo para ejercitar sus actividades subversivas, como en las Indias Británicas y en la Indo-China francesa.

* * *

Hay dos países en Europa que *nunca* han tenido palabra, pero que tienen en cambio un gran tupé. Uno de estos dos países es Rusia. Como muestra y prueba fresca oígame a Litvinoff, el comisario de relaciones exteriores de la potencia de 170 millones de siervos:

«No se podrá hablar de desarme sino cuando ciertas potencias hayan cesado de considerar los tratados de no-agresión como *chiffons* de papel.»

La U. R. S. S. fomenta revoluciones y desórdenes en todo el mundo al mismo tiempo que hace declaraciones «de su amor sincero por la paz y de la lealtad con que cumple sus compromisos internacionales» (palabras de Litvinoff también); pero, sin contar eso, ¿quién firmó el 7 de mayo de 1920 el tratado que reconocía la independencia de Georgia, y quién la invadió en febrero del año siguiente, 9 meses después del tratado?

Cartas

San José, C. R., 4 de junio de 1934.

Señor don Gonzalo Echeverría F.

P.

Ruego a Ud. encarecidamente se sirva volver a leer con atención la nota que escribí en el No. 14 de *Apuntes* relativa al glorioso padre de Ud. Las palabras que han herido los sentimientos de su casa van entre comillas, precisamente porque no son mías. Yo las contesto. Son del Sr. Presidente de la «Asociación Ala», de Heredia. En el primer párrafo de una circular repartida en el mes de mayo, dice el Sr. Presidente citado:... «el poeta nacional, después de muchos años de desaparecido, no tiene en ningún lugar de la República algún monumento que lo recuerde, y lo que es más doloroso todavía, su tumba está olvidada y abandonada entre las cruces del cementerio general de San José.»

Yo no conozco esa tumba ni me habría atrevido a creerla olvidada y abandonada y, aun creyéndolo, no lo habría escrito nunca.

Conste, además, que no soy amigo de los monumentos o mausoleos lujosos. Cuando voy al cementerio no me detengo sino ante las tumbas de estilo parco y sencillo.

Afectísimo,

Elías Jiménez Rojas

* * *

Sr. Director del Colegio Superior de Señoritas.

P.

De manos de la Sra. Dorita B. de Brenes, recibí anoche un ejemplar del No. 18 de *La Escuela Costarricense*, que leeré con particular atención y cuya dedicatoria aprecio muy sinceramente. También me manifestó la misma querida y diligente mensajera el deseo de Ud., de ella y de otros colegas, de hacerme una recepción honorífica en ese importantísimo plantel de enseñanza. Agradezco con toda el alma el pensamiento de Uds. y con toda el alma les suplico excusar mi retraimiento. Aun cuando yo mereciera el honor que se quiere hacerme, no lo aceptaría, por temperamento y por ideología. Los honores públicos corrompen a los jóvenes y matan a los viejos.

Muy atto. amigo y servidor,

Elías Jiménez Rojas

26 de junio de 1934.

¿A qué se debe la calvicie?

Extracto de "Fortune", New York, Julio de 1933

El hombre a quien le sobreviene la calvicie, una de las inevitables manifestaciones de la madurez que va llegando, inventa contra ella ingeniosa defensa: «la calvicie dignifica; la tienen los que asumen graves responsabilidades; es el signo exterior de una imaginación intensamente activa...» Y, a la vez, el mismo caballero (más o menos subrepticamente) compra el tónico que encuentra más cerca, o se pone en manos de cualquier masajista, hasta que comprende lo inútil de su empeño. Entonces acude al fabricante de pelucas, se compra un bisoné, o, simplemente, se resigna a ser calvo. En todo ello no hay novedad alguna.

La calvicie ha sido siempre una fuente de riqueza para los herbolarios. Hace cien mil años, los egipcios ya trataban de curarse la calvicie. Ses, madre de Teta, rey del Bajo y del Alto Egipto, era calva; y el remedio que usaba consistía en una untura confeccionada con uñas de perro, el casco de la pezuña de un burro y bagazos de dátil. Hipócrates, padre de la medicina, se esforzó en un principio por demostrar el proceso de la calvicie; pero nunca pudo dar con las causas que la originaban. Cuando Julio César entró triunfante a Roma, se cantaba entre el pueblo esta copla: «Cuidad vuestras mujeres, ciudadanos: el adúltero calvo ya está entre los romanos». En ella se hacía alusión al Soberano; pero, en rigor, no podía considerarse irrespetuosa, porque César no era, ciertamente, el único calvo: el «quorum» que legislaba en el Capitolio se constituía de cabezas calvas. Más tarde, cuando la calvicie fue considerada

como una calamidad que afectaba sólo a las clases bajas, Luis XIII, prematuramente calvo, usó peluca y con ello implantó una nueva moda: la peluca empolvada del siglo xvii.

En nuestros días la actitud frente a la calvicie ha cambiado enteramente, pues hay la superstición de que una cabeza calva tiene siempre la obligación de pensar, lo cual no es verdad. El «Club de Calvos de América», que se vanagloria de haber contado entre sus miembros a William Howard Taft, a William Jennings Bryan, al orador Nicolás Longworth y a Chancey Depew, tiene sucursales en treinta y siete Estados y se hace llamar «el club más festivo de América». A la postre, lo festivo consiste en que la despreocupación por la alopecia senil—la calvicie que da pie a todo género de chascarrillos—obedece más bien al hecho de que el mal es incurable, que a la falta de esfuerzo y de interés por remediarlo.

Lo primero que nos preocupa, al atacarnos este mal, es la facilidad con que se nos va el cabello. Cada día se va teniendo menos, hasta que queda el casco terso. La opinión autorizada difiere en unos cuantos millares acerca del número de cabellos que tenemos al principio, fijándolo en 88,000 para los de pelo rojizo; 102,000 para los de pelo negro y 140,000 para los de pelo rubio. Un cabello puede durar de seis meses a dos años, en cuyo término se cae durante la primavera o el verano, época en que se muda el tegumento exterior o sus pertenencias. Normalmente, un nuevo cabello lo va empujando y lo reemplaza; pero cuando la reposición no se efectúa, sobreviene la calvicie. Generalmente, en los casos de calvicie natural, el cabello comienza a adelgazarse a los treinta años. Si ello ocurre antes de los treinta, la calvicie debe considerarse prematura y no senil.

El que conserve su pelo a los cincuenta no debe preocuparse por la posibilidad de quedarse calvo.

Los dermatólogos han observado curiosas coincidencias entre la cuestión sexual y la calvicie. Uno de ellos examinó a los 148 eunucos de Abdul-Hamid y a otros muchos, encontrando solamente uno calvo entre 350. El mismo observador ha encontrado gran número de calvos entre los individuos sexualmente precoces. «A los niños y a los eunucos—nos dice en conclusión—no les afecta la calvicie natural; tampoco a las mujeres. El mal es herencia exclusiva de la virilidad masculina. La firmeza del pericráneo femenino para retener el pelo, generalmente se considera como una secundaria característica sexual.»

Las explicaciones acerca del origen de la calvicie son tan numerosas y tan diversas como las del origen de una inflamación. No hay institución científica de reconocida seriedad que se ocupe especialmente en investigar el mal; ni hay siquiera estadísticas satisfactorias. Contamos únicamente con gran número de dermatólogos, con unos cuantos profesionales que han adquirido sus conocimientos por sí mismos, con algunos charlatanes y con varios antropólogos y especialistas en terapia glandular. Todos ellos, con mayor o menor entusiasmo, explotan el pericráneo, coronándose, a veces, con laureles falsos. Unos están ciertos de que las aflicciones pueden producir la calvicie; otros ofrecen la teoría de la emigración, asegurándose que el sér humano, en realidad, nunca pierde un cabello, porque cuando la cabeza se queda limpia, el pecho se fertiliza.

Sería interminable la exposición de las diversas teorías.

En la escuela de medicina de la Universidad de Illinois se han obtenido resultados un tanto satisfac-

torios con inyecciones de pituitrina; «pero—dice el autor del tratamiento—sólo hasta después de una intensa y completa investigación será posible decir hasta qué punto es eficaz el método».

Sin que haya sido comprobado, se dice que los que trabajan en una oficina están más propensos a la calvicie que los que trabajan en el campo, y los pensadores más que los hombres de acción; que el sol, el agua, el alcohol, acaban con el pelo, o bien, que ayudan a conservarlo; que si úno se va quedando calvo, ha de emular a Sansón no cortándose el pelo o, por el contrario, que para estimular el crecimiento, hay que cortarlo a menudo y aun rasurarse la cabeza si se puede ir calvo como una anguila; que se lleve la cabeza cubierta, o que siempre se lleve al aire; que se friccione, que no se friccione...

Frente a este monumento de ignorancia ha nacido y medrado la pingüe industria de los específicos contra la calvicie. Se cuentan por millares y todos son infalibles. Sin embargo, el único remedio cierto es la peluca. Se puede—como cierto político americano que hoy ocupa una curul en el Senado de los Estados Unidos—tener un juego de ellas con pelo de distintos largos, para ir las cambiando; al cabo de dos o tres semanas, despreocupadamente, una alusión a la peluquería y, al día siguiente, vuelta a empezar con la del número uno.

El bambuco

Fragmentos de una poesía de Rafael Pombo, popular.

Para conjurar el tedio
de este vivir tan maluco,
Dios me depare un bambuco,
y al punto, santo remedio.
Buena orquesta de bandola
y una banda de morenas,
de aquellas que son tan buenas
que casi basta una sola.
¡Y aquí de los granadinos!
¡Venga el cometa dragón!
Veremos el encontrón
sin dársenos tres cominos.
¡Lejos Verdi, Auber, Mozart!
son vuestros aires muy bellos,
mas no doy por todos ellos
el aire de mi lugar.
«Mal gusto» diréis, tiranos,
mas yo en mi gusto porfío,
que bueno o malo, es el mío
y el de todos mis paisanos.
Ningún autor lo escribió,
mas cuando alguien lo está oyendo,
el corazón va diciendo:
«eso lo compuse yo».
Y bien se ve que no miente,
pues hijo de padre tal
es como él triste y jovial,
quejumbroso, inconsecuente.
Del Carchi hasta Panamá,
nuestros niños lo adivinan,
nuestros pájaros lo trinan
y en nuestras brisas está.
Hay en él más poesía,
riqueza, verdad, ternura,
que en mucha docta obertura
y mística sinfonía;
Y así respóndele fiel
el corazón donde llega:
con él el alegre juega
y el triste llora con él.

Tesoro de pobres es,
y ¡ay! que nadie se lo quita,
mientras su voz lo repita
y lo ejecuten sus pies.

* * *

En un salón de palmares
que vagando descubrí,
su hechicera danza vi
al compás de sus cantares.
Era una noche de aquellas
noches de la patria mía,
que bien pudieran ser día
donde no hay noches como ellas.
El terciopelo mejor
al del cielo no igualaba,
ni estrella alguna faltaba
a esa gran cita de amor.
Oíanse los bramidos
del Cauca y sus reventones,
como enjambres de leones
celosos o mal dormidos;
Y el aura circunvolante
embalsamaba el lugar
de albahaca y de azahar
y de jazmín embriagante.
Yo, sentado sobre un tronco,
contemplaba aquella escena
en esa noche serena
y al mugir del Cauca bronco;
Esas cándidas figuras
que ondulaban y reían
y hasta mi en sombra venían
como a acariciarme a oscuras;
Y aspiraba esos olores
mezclados a esos sonidos;
y ese aire que los vestidos
les salpicaba de flores;
Y todo en mi derredor,
desde el silencioso cielo
hasta la grama del suelo
y el bambuco seductor,

formaba tal armonía,
que todo a un golpe creado,
y uno para otro inventado
por el Señor parecía.

* * *

Cambió la *situación*:
Pronto sonó, enhoramala,
la maldita generala
de alarma y revolución.
Todos mis conciudadanos
gozaron de su derecho
de ir a atajar con el pecho
las balas de sus hermanos.
Vi a mis pobres campesinos
cambiados en dragonazos
aprendiendo a machetazos
los fueros neogranadinos;
Y a su lado en la pelea
las heroicas *voluntarias*
esas dulces pasionarias
de la danzante asamblea.
Entonces, entre el chischás
de la lanza y el trabuco,
del infalible bambuco
vi el poder una vez más.
Desde el gentil bogotano,
que aun al morir suelta un chiste,
hasta el indio humilde y triste
que no abrió el *catón cristiano*,
Llegado el momento crítico
de embestir al contendor,
entran con todo el fervor
de un «adversario político».
Y en ese truco y retruco
triunfa el primero que manda
a su respectiva banda:
¡Muchachos, rompa el bambuco».
Tal se escarnece irrisoria
nuestra fratricida holganza:
matarnos a són de danza,
sin causa alguna y sin gloria.

Pero en otra, en mejor guerra,
la única de lauros digna
y en que el Señor no se indigna
viendo ira y sangre en la tierra.
También el bambuco fue
música de la victoria,
y aunque lo olvide la historia
yo se lo recordaré:
El a Córdoba marcó
su *paso de vencedores*,
y de los libertadores
la hazaña solemnizó.

Pío Baroja académico

A Pío Baroja le somos antipáticos los sudamericanos. En términos generales, nos encuentra pedantes, cuando nó estúpidos y falsos. Esta opinión respecto a nosotros, «tendrá seguramente su motivo.» Yo me alegro de saber que ha sido nombrado miembro de la Academia de la Lengua. Será desmañado su estilo, como dicen, pero tiene las dos cualidades principales: naturalidad y precisión. Copio a continuación las palabras de Pío Baroja, por teléfono, desde el pueblo en que habita, dichas al Dr. Marañón, de quien partió la iniciativa del nombramiento:

Yo siempre he sido considerado en la literatura como el novillero más o menos notable o el cómico de teatro de arrabal a quien se reconocen algunas condiciones instintivas, pero no se cree que debe trabajar en los teatros ni en las plazas de importancia. Esta misma opinión respecto a mí, que tendrá seguramente su motivo, ha pasado en parte al extranjero, a la parte exigua que en el extranjero se ocupa de literatura española actual.

Con el convencimiento de estar así catalogado ante el público, es lógico que yo no haya tenido la audacia de solicitar el ingreso en la Academia de la Lengua. La iniciativa no ha partido de mí. A pesar

de esto, la Academia me ha votado para pertenecer a ella; me ha dado una alternativa oficial que yo no he esperado nunca. No hay que decir que yo lo agradezco. No sé si podré ser útil o no dentro de la docta casa. En general, al escritor que no es retórico ni pomposo no se le toma en serio. Yo tampoco he tomado en serio a mucha gente.

Por ahora, en mi vida no he tenido más que dos éxitos. Uno a los veintiún años, cuando me dieron la plaza de médico, porque fui el único que me presenté, y ahora, cuarenta años después, que me han hecho académico. No es cosa rara que me sienta reconocido. He pasado muchos años sin tener la menor protección ni el menor apoyo, buscando con ahinco un recurso de mediano pasar sin encontrarlo.

Entre gentes de ideas afines a las mías no he hallado tampoco la menor simpatía. Al revés, hostilidad. Los amigos de mi barrio que han oído que me han nombrado académico en Madrid, en una Academia a la que pertenece el Presidente de la República, señor Alcalá Zamora, creen que mañana andaré con casaca y con espadín por la carretera. Yo les tranquilizo y les digo: «Yo siempre seré un poco ciudadano del mundo y vecino del barrio de Alzate.»

e. j. r.
